

Bolonia-Florenia-Siena

Primera parte

Sábado 30 de abril de 2011. Ayer, día de Santa Catalina, tomaron el hábito, simbolizado en crucecitas blancas y negras, como el escudo de la Orden, 54 postulantes que desean pertenecer a la familia dominicana. Con ese sabor en la boca y en el espíritu y, facilitado el viaje y estancia por una invitación, salimos de Barajas en Air Nostrum, una compañía regional de Iberia. Queríamos recorrer los lugares por donde anduvo Santo Domingo de Guzmán, fundador de los dominicos, en vistas a futuras peregrinaciones. Del despegue al aterrizaje en Bolonia, una hora y cincuenta minutos justos. Los relojes del aeropuerto marcaban al llegar las 12, 35. Alquilamos un coche y guiados por un GPS nos situamos en los alrededores de San Doménico para poder hacer a las 3, 30, cuando abrieran, una primera visita.

Comimos por los alrededores. Los italianos no se andan con bromas: aparcar en línea azul cuesta dos euros cada hora que es el máximo que permiten. Intenté convencer al dueño de la trattoria donde comimos que nos cobrara poco porque yo era el hombre más pobre del mundo. Él me replicaba que era más pobre que yo porque no era más que un humilde trabajador. Compadecido, después de terminar la botella entre los cuatro, a Ángel y a mí, nos invitó con otro vaso de vino. Al salir me dijo: “Usted debe ser pobre porque lo dice con mucha sinceridad”.

Cuando abrieron entramos en la Iglesia y nos fuimos en directo a la capilla, que más tarde detallaremos, donde está el arca preciosa o sarcófago que contienen los restos de Santo Domingo. Los que no lo

habían visto quedaron deslumbrados por su belleza y oramos los cuatro un rato. Después paseamos un rato por el claustro embargados por el recuerdo de Santo Domingo.



Mausoleo de Santo Domingo

Estábamos en el mismo sitio donde él estuvo, cerca de la habitación en la que murió, en el convento en el que se celebraron los primeros capítulos generales y se pusieron las bases de la teología y espiritualidad dominicanas.

Dejamos pronto Bolonia porque nos acuciaba la llegada al hotel que estaba prenotado en Florencia a 90 kilómetros. El GPS, no muy actualizado, nos jugó una pasada, hasta llegar a la autopista nº 1 Nápoles-Milán. Nos dimos cuenta que Bolonia, además de la llanura en la que se asienta tiene unos bellos alrededores de altas colinas y zonas residenciales. Al fin, después de un par de horas, llegamos a nuestro hotel en Florencia, sito en la Via Alfonso la Marmara, 22. Nadie nos esperaba: entramos con código 090877 (hay un dígito mal para que a nadie se le ocurra hacer alguna trastada) y en una repisa nos habían dejado los números de las habitaciones. Nos recompusimos un poco y salimos a dar una vuelta por el centro de Florencia. Lo podíamos hacer a pie, pues el hotel está bastante céntrico.

No lejos de nuestra casa, está el convento de San Marcos donde están los célebres frescos de Fra Angélico. De momento, los dejamos estar y continuamos hacia la catedral llegando hasta el río Arno, a la altura del Ponte Vecchio. Pese a ser de noche, nos extrañó que la catedral estuviera abierta y se pudiera visitar y que en la calle hubiera tanta movida. Entramos un rato. Seguidamente, nos fuimos abriendo paso en medio de una multitud que lo invadía todo hacia el río. Llegamos con dificultad. Buscamos otra trattoria para cenar algo en espera de que la marea humana se aposentase y se fuera cada cual yendo a su casa. Repetí pasta, como a mediodía, pidiendo una simple lasagna.

Al volver, no cabía un alfiler en las calles. Una verdadera riada humana llenaba todos los huecos en medio de un bello espectáculo de edificios y monumentos poco iluminados pero así y todo grandiosos. Entre ellos la Galleria degli Uffizi, la catedral. Imaginábamos que algo pasaba porque no nos parecía normal la cantidad de gente. El barullo y los gritos eran tales que no nos paramos ni a preguntar. Nos acostamos alrededor de las doce.



Catedral de Florencia (afeada por una grúa de limpieza)

Día 1 de Mayo

A las ocho desayunamos. El gerente del hotelito, Fulvio, nos resolvió el enigma de la noche anterior. Resulta que era noche blanca y, en esas

noches, como se hace también en Madrid, está todo abierto y la gente se lanza a la calle como para celebrar una gran romería.

Antes de continuar con nuestro viaje quiero dar razón de por qué estas tres ciudades son lugares dominicanos. Comenzando por Bolonia he de decir que fue con París, Madrid y Tolosa uno de los cuatro pilares de la fundación de la Orden. Santo Domingo el 15 de agosto de 1917 distribuyó a sus dieciséis frailes, que eran los que tenía en aquel momento, por el mundo entero. Cuatro a Madrid, cuatro a Bolonia y cuatro a Paris. Otros cuatro se quedaron con él en Tolosa. París y Bolonia fueron elegidas por ser las capitales culturales de Europa con sus dos universidades, las más conocidas de Europa y del mundo. Domingo quiso fundar una Orden de Predicadores fundamentando la predicación en el Espíritu y en el estudio.

En París no residió gran cosa y menos en Madrid aunque si las visitó. Tolosa la abandonó en 1917 y apenas pudo volver. Le restaban cuatro años de vida. Se puede decir que fue Bolonia el centro de desarrollo y expansión inicial de la Orden. Aquí se celebraron los primeros capítulos generales, se fueron gestando las diversas provincias, se reflexionó sobre la legislación y carisma de la Orden. Aquí murió y fue enterrado Domingo y desde aquí se inició el proceso de canonización después del famoso traslado de sus restos al lugar que ocupa actualmente. Por eso, el convento de San Domenico de Bolonia es central en la gestación de la Orden.

En Florencia estuvo Domingo varias veces, siempre de paso entre Roma y Bolonia. Ya en su tiempo se fundó el primer convento de dominicos llamado Santa María Novella. Éste, como tantos otros, fue perdiendo fuerza y debilitándose la observancia y el espíritu religioso, debido, entre otras causas, a las pestes que en el siglo XIV, cien años después de Domingo, diezmaban los conventos. En la terrible peste de 1348, el convento florentino de Santa María la Novella vio morir en cuatro meses a setenta frailes. El pesimismo ante tales azotes, así eran considerados, desanimaba a los frailes. Por otra parte, en ese siglo, el siglo de Santa Catalina, asistió la cristiandad asombrada al cisma de Occidente con tres Papas gobernando a la vez, considerándose los tres como

legítimos. No es de extrañar que la pobreza, la castidad y la obediencia perdieran su fuerza de antaño y se relajaran las costumbres.

Catalina luchó con todas sus fuerzas contra estos males. Su gran carisma en edad tan juvenil llamó mucho la atención. Como terciaria dominica, fue llamada al Capitulo General de Florencia en 1374 a fin de dar cuenta de sus actos pero, lejos de enjuiciarla, el Capitulo la confirmó y protegió, poniendo a su lado un “asistente” o “consejero” muy cualificado: Fray Raimundo de Capua, Lector de Teología. Ambos tendrán una simbiosis espiritual notable, que en Raimundo fructificará en su periodo como Maestro de la Orden, iniciando una profunda reforma de la vida conventual junto con Conrado de Prusia (Alemania), Juan Dominici (Italia) Álvaro de Córdoba (España).

Cuando Fray Juan Dominici, nacido en 1350, pidió el hábito en Santa María Novella, el prior le dijo: “Ignorante y tartamudo, no son buenas credenciales para ser dominico”. Al fin lo consiguió y, pasado el tiempo, llegó incluso a ser importante luchando por la reforma en la Orden. Por diversas razones, no pudo reformar la comunidad de Santa María de Novella. Intentó entonces fundar un nuevo convento en Florencia. De momento sólo pudo hacerlo en Fiésole que es como un barrio a pocos kilómetros de Florencia. A los pocos años, ayudado por los Medicis pudo fundar el convento de San Marcos, ya en Florencia. Esta reforma quedó bendecida por varios grandes personajes, claves en la historia no sólo de la Orden sino de la ciudad de Florencia: San Antonino, que fue arzobispo de la ciudad, Fray Juan de Fiésole llamado Fra Angélico, sus discípulos Fray Bartolomeo de Florencia, Fray Giovanni Antonio Segliani y Fray Paolino de Pistoia.

Finalmente, el famoso Prior de San Marcos Jerónimo Savonarola que fue quemado en 1498, junto con otros dos compañeros dominicos, acusados de herejía y de predicar cosas nuevas, en la Piazza de la Signoría, delante de la Galleria degli Uffici. Sus cenizas fueron arrojadas al rio Arno.



Savonarola

En lo referente a Siena la influencia dominicana viene más bien por Santa Catalina de Siena, la gran terciaria dominica, doctora de la Iglesia. Santo Domingo nunca estuvo en Siena o, al menos, no se tienen noticias aunque tampoco es imposible que lo hiciera. El hecho es que el convento de Santo Domingo que tanta influencia va a tener en Santa Catalina se empezó a construir en el 1226 pocos años después de la muerte del fundador.